

SARMIENTO VIVE

Refiere Ricardo Rojas en uno de sus escritos, una anécdota que refleja la esencia de lo que me propongo escribir en el presente trabajo, para determinar que efectivamente Sarmiento vive.

Corría la época reciente en que el rosismo había asumido un inusitado resurgimiento en la Capital Federal, al amparo o vista "gorda" del oficialismo, y en un momento en que el autor de *El Profeta de la Pampa*, recorría las calles de aquella, acompañando a su colega Germán Arciniegas, escucharon de un grupo de personas que ambulaban por Florida, estos desentonados gritos: "¡Viva Rosas! ¡Muera Sarmiento!..."

El visitante, un tanto sorprendido por tales manifestaciones callejeras, preguntó a su amigo: "¿Que significa esto?"

"Que Rosas está muerto y sus secuaces desean hacerlo vivir, y que Sarmiento estando vivo, desean que muera porque les proyecta sombra".

Efectivamente, Sarmiento vive en sus obras y en el corazón de los argentinos que han alcanzado a medir su magnitud continental; en las cosas que hiciera y en las que dejara por hacer en su bregar cotidiano por elevar el progreso y la cultura de su país, a la altura de sus antecedentes.

Reflexionando sobre esto y aquello, tomo al azar uno de los libros del titán y lo primero que encuentro y leo es aquella frase que dice: "Hagamos de toda la República una escuela". Frase que sintetiza todo un programa de gobierno, ¡un gran programa!, ya que "Educar al soberano" es gobernar, es poner la vista en el porvenir del pueblo, de la humanidad. Precisamente ésta se debate en estos momentos cruciales de su existencia, por la falta de una educación racional, humanista, que le permita al hombre de gobierno el encarrilamiento de su pueblo, por la senda del progreso, hacia un futuro mejor, tal

como lo preconizaba Sarmiento y lo determina la misión natural del hombre sobre la tierra. Vivir trabajando y en paz con sus semejantes, es cumplir un mandato, una consigna que nos obliga a proceder con cordura en el devenir, para que el mundo siga su trayectoria de comprensión, de mejoramiento en las generaciones que dejemos al pasar, en misión de continuidad, de superación . . .

La escuela, es decir, la educación, ha sido, es y será la panacea curativa del mal que aqueja a la humanidad, de la ambición desmedida de los hombres de gobierno de todo el mundo. La ignorancia será siempre la germinadora de las desviaciones del hombre en su hacer por prolongar su existencia. Por eso Sarmiento deseaba con toda el alma hacer de toda la República una escuela, en la cual se enseñara el respeto a las leyes de la naturaleza y del Estado, en procura de contener los desbordes pasionales del hombre, aspecto negativo del progreso y la cultura, base primordial en la cual debe reposar su bienestar, sin discriminación de credos ni razas, porque “El poder, la riqueza y la fuerza de una nación, decía el mismo Sarmiento, dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen; y la educación pública no debe tener otro fin que el aumentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección, aumentando cada vez más el número de individuos que las posean”. Esta era la lucha de Sarmiento, estos eran sus principios en favor de la grandeza de su patria, esforzándose porque la educación llegase a todos los rincones de la misma, y por ende, a todas las clases sociales de cada pueblo, porque la “igualdad de derechos acordada a todos los hombres, agregaba, aun en los países que se rigen por sistemas tutelares, es en las repúblicas un hecho que sirve de base a la organización social, cualquiera que sean las modificaciones que sufra . . . De este principio imprescriptible hoy nace la obligación de todo gobierno a proveer de educación a las generaciones venideras, ya que no puede compeler a todos los individuos de la presente a recibir la preparación intelectual que supone el ejercicio de los derechos que le están atribuidos. La condición social de los hombres depende muchas veces de circunstancias ajenas de la voluntad. Un padre pobre no puede ser responsable de la educación de sus hijos; pero la sociedad en masa tiene interés vital en asegurarse de que todos los individuos que han de venir con el tiempo a formar la nación, hayan por la educación recibida en su infancia, preparádose suficientemente para desempeñar las funciones sociales a que serán llamados”. Estos conceptos, emitidos hace más de un siglo, cobran palpitante actualidad, porque no han sido todavía cumplimentados en la forma que lo deseaba el gran educador,

adelantándose a la época, como un visionario de grandes proyecciones gravitativas en la educación universal. Por eso un congreso de educadores americanos lo proclamó “Maestro de América”, en un gesto de justicia póstuma pocas veces alcanzado por hombre de actuación diversa como la de Sarmiento. Este es otro de los aspectos que mantiene viva la llama del recuerdo y latentes las ideas pedagógicas del preclaro civilizador, como una reminiscencia de su acción fecunda en bien de la educación popular, de esa con la cual servía a la causa de la democracia, asegurando la libertad y los derechos del hombre.

Acaso en la educación se encuentren en Sarmiento las ideas más profundas de su afán civilizador; sin embargo, hay otros aspectos en los cuales se nota esa misma predisposición de progreso, llevadas a la práctica con el mismo interés. Esto es lo que perfila su personalidad y confirman su vivencia y su visión. Así tenemos por ejemplo esa preocupación suya por acelerar el progreso y la cultura, en forma desusada. Esto se observa cuando se estudian sus ideas y se encuentra que no hay una sola que no esté inspirada en el bien de los demás. Al concurrir a la estación del ferrocarril para tomar pasaje a Buenos Aires y encontrarme con un sinnúmero de dificultades para ello, me asalta de inmediato aquella anécdota en la Legislatura porteña cuando pedía que se votara una partida de ochenta mil pesos para el estudio de una nueva línea ferroviaria. Como viera que su moción había producido hilaridad, por la incomprensión de la misma, pidió a los taquígrafos que tomaran nota de las personas con quienes había tenido que combatir para llevar adelante el progreso de la Nación. La visión del profeta lo hacía otear el porvenir de su país, cruzandolo de líneas férreas, porque la máquina a vapor era por entonces el mejor instrumento para ensanchar la riqueza de la tierra. Indudablemente hoy mismo, con todos los elementos de transporte con que se cuenta, el ferrocarril resulta más económico y más resistente para las largas distancias. Por eso gritaba a voz en cuello, pidiendo que se aumentara la suma que sugiriera primero, ante la mirada atónita de los incrédulos o retardatarios que le acompañaban en su gestión legislativa, pero desgraciadamente no en sus atinados proyectos de bien público, por los cuales se afanaba tanto en procura de elevar el nivel de vida, no solamente del hombre de campo, sino también del de la ciudad.

Y si caminamos hoy por las grandes carreteras hormigonadas, pensamos de inmediato al observar cómo acortan las distancias y facilitan el transporte, en Sarmiento, cuando él también en su época supo trabajar por la construcción de caminos, como vías complementarias del ferrocarril. Por eso decía hace cien años en *El Nacional*, refiriéndose a la necesidad de

los buenos caminos: “Hoy están persuadidos todos los hombres inteligentes de Buenos Aires, que son caminos los que faltan por todas partes para impulsar el desarrollo detenido hasta hoy de la riqueza de las campañas, y no hay medio legítimo que no haya de tocarse para dotar al país de vías fáciles de comunicación”. Todo esto en lo que se refiere a la llanura, pero si remontamos la cordillera para comunicarnos con Chile, encontramos en la abrupta cerranía, refugios en los cuales nos guarecemos de las inclemencias del tiempo que el mismo Sarmiento hiciera construir en previsión de los bruscos cambios de temperatura que se producen en sus entrañas. Pero en manos de Sarmiento no hay obra que quede trunca; para completar esta del ferrocarril y los caminos, debía extender los hilos del progreso por donde fuera la palabra de acercamiento, fraternal y utilitaria, cuya iniciativa la lanza desde el llano y la concreta desde el gobierno, cruzando las poblaciones más importantes de la República con postes telegráficos, sin que se quede atrás el cable submarino que también inaugura en su presidencia, para llevar la voz argentina a todas partes del mundo, en función de pueblo civilizado.

Al presenciar cierta vez en Buenos Aires un gran desfile militar conmemorativo de un aniversario de la Independencia, me asaltó de pronto al observar la marcialidad de nuestras tropas, esta pregunta: ¿Desde cuándo data el Colegio Militar y la Escuela Naval? De la época de Sarmiento apunta un vecino, comienza la organización de las fuerzas armadas de la República. Entonces recuerdo que él fundó ambos institutos en momentos que trabajaba por cimentar el prestigio de la Nación, tratando de estabilizar la economía y el orden social del país en base a la disciplina, única manera de coordinar una organización estable, científica y honorable, de las fuerzas armadas, custodio del gobierno y del pueblo a que pertenecen. Dos años antes de morir refirmaba estos principios cuando tres cadetes del Colegio Militar —entre los que se contaba mi padre— fueron a saludarlo en el día de su onomástico y al verlos y saber que eran de San Juan, los atendió con toda amabilidad y al despedirse de ellos, les dijo: “Yo he fundado el Colegio Militar y la Escuela Naval, para entregar los destinos de la patria, no solamente al valor, sino también a la inteligencia”. La anarquía y las guerras civiles, como la larga dictadura del siglo pasado, se debieron a la falta de una escuela que formara a los militares de nuestro ejército, en el crisol del honor, que es decir, del deber, del patriotismo que debe abrigar cada hombre que abraza la carrera de las armas. En igual forma procedió a la fundación de la Escuela Naval, como dije, en función de una buena organización de la armada nacional, suministrándole los ele-

mentos más indispensable al mejor desarrollo de su misión. Una dotación ecuaníme de buques de guerra, constituyeron una armada consolidada, en consonancia con el potencial económico del país y las costas que debían custodiar, fue lo primero que se adquirió. Así entraron a nuestros puertos los primeros acorazados de guerra que formaron el primer plantel de nuestra escuadra de mar, no para provocar a nadie, pero sí para contener cualquier desmán de adentro o de afuera que se pudiera suscitar. Sin embargo, Sarmiento fue en su hora despiadadamente criticado por ello, olvidando quienes así procedían, los sentimientos pacifista y la visión que lo asaltó entonces para proceder en tal forma, porque estaba nomás en él, la visión del porvenir. Por eso, en cada movimiento de una u otra de las armas que él organizara, aflora de inmediato la vivencia de su memoria como alma tutelar de ambas, cuando los clarines atronan los aires con sus himnos en cada aniversario de la Revolución emancipadora.

Veamos ahora otro aspecto de la obra del egregio luchador, demostrativa de su pujanza por el progreso de la patria: la minería; explotación aun en pañales en nuestro país, no obstante su riqueza infinita. Sarmiento había vislumbrado a la distancia su promisorio porvenir, por lo que, compenetrado de su importancia, comenzó a trabajar por ella, tan pronto como se lo permitieron las posibilidades y la guerra de la montonera le dio lugar a demostrar que dicha fuente de riqueza estaba aun virgen, esperando la mano que la sacara a flote, para enriquecer a la Nación en poco tiempo. Por eso, tan pronto como se hizo cargo del gobierno de la provincia de su nacimiento, comenzó a trabajar en forma animada en la explotación de los minerales más ricos de la región, circunstancia que le anticipa a Mitre, diciéndole: “Estamos en vísperas de una época nueva, acaso de uno de esos grandes movimientos que han hecho surgir naciones. Podemos, pues, hacer mucho, puedo devolver a usted y a Buenos Aires, y a la República lo que me anticipen”. “Ayúdeme en las minas y enriquezco la República”. Indudablemente, Sarmiento tenía razón, hoy en una sola mina que se explota en Calingasta, se saca lo que el visionario necesitaba entonces para enriquecer a la Nación, pero, desgraciadamente ocurre lo que el mismo Sarmiento había previsto: que explotadas las minas por empresas extranjeras, su riqueza emigra, “dejando poco en el lugar de la producción”. Por eso le agregaba a Mitre: “Si pudiera negociarse un empréstito! . . .”, que de cosas no haría. Evidentemente que en aquella época Sarmiento hubiera elevado a San Juan a la categoría de las grandes ciudades del interior, de haber conseguido los capitales que necesitaba para ello y el Chacho lo deja tranquilo desarrollar

su pensamiento, es decir, su acción progresista, en bien no solamente de su querida provincia, sino de la República toda! Vemos entonces que la visión del ilustre pro-hombre está latente aún en todo el país como una fuerza que espera ser movilizada por la mano experta del hombre de trabajo, para producir la riqueza que él esperaba para bien de la Nación entera.

Para expandir Sarmiento las ideas o principios sustentados en bien del progreso y de la cultura argentina, utilizó un instrumento que aun, con todos los adelantos de la ciencia, no ha sido alcanzado: la hoja impresa. Quizá Sarmiento nació educador, pero, buscando esto y deseando darle mayor expansión a sus ideas, se hizo periodista. Del Colegio de Santa Rosa, salido de sus manos, surgió la idea que se hizo carne en sus inquietudes progresistas y fundó entonces *El Zonda*, primer rayo de luz con vislumbre de faro que apareció en la adormida aldea, para demarcar una época de su progreso. En este semanario comenzó a ensayar y afilar su pluma que después iría a undirse como estilete en el corazón de la ignorancia que alentaba la dictadura rosista. Hace del periodismo un apostolado, dictando principios que aun hoy palpitan como recién esbozadas. Elevó así al periodismo a la categoría de cátedra popular de gran alcance, aunque a veces fuera duro con el adversario que le salía al paso para retrucarle sus ideas, sin reparar en el fondo de las mismas, pero con todo ello, fue respetuoso de la libertad de prensa, acaso demasiado tolerante con ella, pues recuérdese que en su presidencia de la República, llegó la procacidad periodística hasta lo intolerable, a un verdadero libertinaje. Pero Sarmiento fiel a sus principios e impregnado de la importancia que reviste, fue demasiado tolerante con la prensa de entonces, la que rayó en lo intolerable, abusando de la prudencia y de los principios más sagrados de aquella, como lo es la medida. Por eso se lo ha designado Patrono de los periodistas argentinos a Sarmiento y cada vez que se produzcan polémicas de prensa o recuerde la historia del periodismo de aquella época, ha de afluir de inmediato el recuerdo del gran polemista como el hombre que mejor supo interpretar el sentido exacto de la libertad de prensa, luchando a brazo partido por cimentarla, en todos aquellos que la ofician de periodistas. El periodismo es una actividad noble y fecunda, cuando se la usa para inculcar las buenas ideas, así como hiciera de la suya Sarmiento, para sentar principios, en tiempo bravíos todavía. Y más se nota la trayectoria periodística de Sarmiento, al observar su fecundidad no igualada aún por los periodistas que han hecho de esta actividad, una profesión. “Los delitos de la prensa, dijo Sarmiento en el Congreso, las injurias y el grado de las mismas, dependen

generalmente de la educación política de los pueblos". Evidentemente es así, de la educación política de los pueblos depende la cultura y el progreso de los mismos, y la medida en las críticas de la prensa. Por eso Sarmiento preconizaba no solamente una absoluta libertad de prensa, sino también, bregaba por una ley que contuviera los abusos que se cometieran por medio de la prensa, para evitar los desbordes de la misma, a la vez que se lesione la moral de la sociedad en que se actúa. Esto era en síntesis lo que anhelaba Sarmiento en bien de la libertad de prensa.

Y cuando desea profundizar ideas y principios de bien público, recurre al libro, como instrumento civilizador de mayores proyecciones. El libro es para Sarmiento la cátedra donde expone mejor sus ideas, por el alcance que tiene, ya que el pensamiento reposa mejor en sus páginas y perdura por más tiempo su contenido. *Civilización y barbarie* o *Facundo*, es el mejor ejemplo de este aserto, pues, aunque escrito al correr de la pluma, se perfila en él, la profundidad y el aplomo de las ideas puestas en juego. El pensamiento corre veloz pero seguro, sentando principios de hondo sentido emocional, tanto en lo histórico, como en lo sociológico, en lo literario, como en lo descriptivo. *Facundo* es la expresión más viva de un proceso histórico trascendental en la vida política argentina, circunstancia que le ha valido para pasar a la categoría de obra clásica. Es así como, un libro escrito circunstancialmente, adquiere de pronto la vivencia estable de su contenido; leyendo la obra con detenimiento, de inmediato se lo ve a Sarmiento borro-neando carillas, escudriñando antecedentes y requiriendo informes de su patria, para volcarlos luego en las candentes páginas de su formidable alegato, ese que ha pasado a la historia literaria americana, como una obra maestra de las letras, de sólidos prestigios. Obtenido este éxito bibliográfico, efectúa su fructífero viaje por Europa, Africa y América, estructurando a su regreso dos libros más que enriquecen la literatura continental: *Educación popular* y *Viajes*. El primero recoge los antecedentes acumulados en su libreta de apuntes y el segundo, las observaciones a través de su crítica minuciosa y serena, de profunda penetración psicológica. En aquél apunta conocimientos y experiencia de gran predicamento, los que, no obstante el progreso alcanzado por la ciencia de la educación en estos últimos tiempos, cobra actualidad cada vez que se desea ahondar principios pedagógicos para estructurar un plan educativo. Así también en *Viajes* palpita en sus certeras descripciones, no superadas aún por viajeros modernos que han abordado iguales temas, el interés y la emoción. Sus observaciones siguen latentes todavía, a pesar de las modificaciones sufridas en los

países visitados por efectos del progreso y de la destrucción del hombre, en las dos guerras mundiales. Pero donde palpita el alma de Sarmiento, es en *Recuerdos de Provincia*, ese otro libro suyo en el cual volcara su acendrado amor al terruño y a los suyos, pintando figuras y paisajes de imponderable valor artístico. Cada página es un poema y cada capítulo un recuerdo grato al espíritu de quien lo escribiera y de quien lo lee, porque vibra en todo su contenido, la sinceridad de un propósito no siempre esbozado por hombre como Sarmiento: duro en la lucha como en el trabajo, en la pobreza, como en las posiciones públicas. Empero, hay algo más en *Recuerdos de Provincia*, no es solamente una obra literaria de magnitud, sino, la historia de un pueblo de honrosa tradición y la autobiografía de un hombre que se despoja de todos los aditamentos superficiales de su persona, para presentarse ante la opinión pública desprovisto de las ataduras del prejuicio, a fin de que juzguen su conducta con entera libertad. De ahí que, leyendo este libro a más de cien años de distancia, con espíritu desprevenido, se lo ve a Sarmiento en toda su postura. . . Después vienen los otros libros y escritos de Sarmiento, agrupados en los 53 volúmenes de sus Obras, en los cuales palpita el alma argentina del siglo XIX, con renovado brío, mostrando la pujanza de sus hijos, en un afán incontenido por asegurar los beneficios de la libertad.

La agricultura, principal fuente de recursos en el país, fue otra de las grandes preocupaciones de Sarmiento, anotada en su agenda del progreso argentino. Entendiendo que tal explotación no podría alcanzarse en la forma requerida por las necesidades del gobierno, siguiendo rutinas arcaicas, comenzó a fundar escuelas técnicas que capacitaran a quienes debían dedicarse al cultivo del agro, en función de progreso. Por eso, al dejar inaugurada la Quinta Normal (Escuela de Agricultura) en San Juan, Sarmiento decía: “He tenido el honor de invitaros a sancionar con vuestra presencia la apertura del primer surco, que estas pampas estériles hará el primer plantel teórico-práctico de la ciencia que hoy honran todos los pueblos civilizados, la agricultura, la cultura de la tierra, que sin ciencia es, sin embargo, la fuente hasta hoy única riqueza en San Juan”.

Hoy estas escuelas se han diseminado por todo el país formando técnicos que van regulando la riqueza del agro, científicamente, en toda la Nación. Lo mismo ocurría con la ganadería que en un principio se la había dejado crecer a campo abierto, por lo que Sarmiento les advirtió a los ganaderos de Buenos Aires, la conveniencia de alambrar los campos que alimentaban tanta riqueza, en previsión de evitar el desbande de

los animales por senderos ocultos al ojo patronal perdiéndose con ello, ingentes capitales y mermas en la producción. La advertencia fue escuchada, no tan sólo por lo oportuna, sino, porque en cierta oportunidad, mirando con dolor de patria, la pérdida de tanta riqueza, les dijo: “¡Alambren, no sean bárbaros!”. Esto determinó la selección de raza y con ello el mejoramiento en la producción, contándose desde entonces cabezas de vacunos por esterlinas. Otra de las profecías de Sarmiento, se había cumplido . . .

Pero el país no debía estancarse cultivando solamente la tierra, debía también buscar otros horizontes complementarios al cultivo del agro, porque siempre íbamos a depender de otros en lo que respecta a los elementos necesarios de trabajo. Era necesario entonces, mirar hacia el porvenir, para lo cual Sarmiento puso sus ojos en la industria. Empero, ¿cómo hacer si no contábamos con técnicos competentes?; pues, muy sencillo, creando escuelas de este tipo en todo el país. Y sin decir más, comenzó a fundar escuelas industriales en San Juan y Catamarca. Hoy aquella es un orgullo de los sanjuaninos, porque en sus noventa años de existencia ha producido una pléyade considerable de técnicos capacitados que han ido dejando a lo largo de ambas Américas, una estela promisoriosa de su saber. Sin embargo, no se detuvo ahí la visión del profeta; por esa misma época fundó el Arsenal de Guerra de Zárate, para fabricar los elementos primordiales para el ejército y no permanecer supeditados a fuentes extrañas, en caso de emergencia. Clara previsión en un hombre de largo alcance, hoy agradecida por el pueblo de su patria.

Pero, las ideas de Sarmiento iban más allá de lo que a primera vista se observa: aparte de las escuelas técnicas y de estudios superiores, pensó también en que nuestra juventud debía dedicarse no solamente al estudio y cultivo del agro, la ganadería y la fabricación de materiales de guerra, sino también, al estudio del cosmo, porque ello es ciencia complementaria de aquellas, como previsoras de los cambios atmosféricos que determinan en la mayoría de los casos, la oportunidad del comienzo de una siembra o de una cosecha. Por eso fundó el Observatorio Astronómico nacional, dedicándoselo a Córdoba, como centro geográfico del país, para que, desde allí, se difundieran los conocimientos observados y las advertencias requeridas, a todos los puntos de la República. Y hoy no es solamente Córdoba, sino también La Plata y Cuyo que ostentan sendos observatorios atendidos por sus respectivas Universidades.

Al introducir el mimbre en nuestro país Sarmiento, creaba una nueva fuente de producción y por ende, otra de trabajo

con la canastería que sirvió en primer lugar para la exportación de fruta fresca desde Cuyo a Buenos Aires, con resultados encomiásticos, porque se había encontrado el medio de transportar la uva en envases apropiados y ventilados lo que permitía conservar la fruta fresca por muchos días. Y así como trajera el mimbre, introdujo el eucalipto para desecar los pantanos que infestaban los campos que podían cultivarse y servían a la vez para purificar el ambiente. Este propósito y sus anhelos de embellecer a la ciudad con un nuevo parque, lo hizo convertir en un hermoso jardín a los insalubres terrenos en los cuales tuviera su sede el dictador en Palermo. La visión del futuro lo hizo pensar así a Sarmiento y hoy, el Parque 3 de Febrero, es uno de los mejores del continente, por su extensión y su belleza. Y los que gozan de su frescura y de su paisaje, recordarán siempre a Sarmiento, por su genial idea, esa que dio motivo a enconados debates en el Congreso, cuando entró al Senado para su aprobación.

Las colonias agrícolas en el país, fueron otras de las grandes concepciones de Sarmiento, como hombre de iniciativa. Las venía preconizando desde su ostracismo en Chile, previendo el porvenir de estos países en el producto de la tierra. Vio en ellas el progreso inmediato de nuestra agricultura y de la ganadería, dos aspectos de riqueza nacional no superados aún, no obstante el progreso alcanzado por la máquina, en función de cualquier industria. Pero, para ello, había que seleccionar la inmigración e incrementarla en gran escala, dándole facilidades a los inmigrantes para que se sintieran cómodos y pudieran trabajar con interés en labrarse su propio porvenir. La inmigración traía como consecuencia, no solamente el cultivo de nuestra tierra, sino también, el aumento de la población y su mejoramiento. Nueva sangre, nuevo vigor, más producción. He ahí el secreto de Sarmiento en su prédica constante sobre este tópico tan interesante y que aún hoy es una preocupación de gobierno. “El mal que aqueja a la República, es su extensión”, había dicho en *Facundo*, observando el aspecto físico del país y la riqueza virgen de su suelo. De ahí su deseo de verla poblada de cien millones de habitantes, pues, la despoblación de la pampa era una constante conspiración contra la ciudad, porque en ella no podía penetrar la autoridad en función de orden y progreso, quedando el campo en libertad de albergar al gaucho nómada, reacio al cultivo de la tierra, al laboreo de las minas, al desarrollo de la industria. Por eso decía Sarmiento hace más de cien años: “Todos sienten, en efecto, que el medio de hacer inteligente, industrial, la población futura de la República, es infiltrar en nuestras ciudades, en nuestros talleres, la inmigración con sus artes, hábitos industriales, sus instintos

y su capacidad de progreso. Nuestros campos incultos no han de convertirse en ciudades florecientes, nuestros bosques primitivos no han de tornarse en materiales de construcción, sino por la introducción de hombres idóneos, auxiliados de todos los poderes de la maquinaria moderna que centupliquen la fuerza humana”. Esta fue la visión del gran estadista que preconizaba a todos los vientos los que se oponían en la pampa al progreso, por lo que sugería la conveniencia de una inmigración seleccionada, apta para el cultivo de la tierra, principal fuente de riqueza en nuestro país.

Hemos visto cómo palpita el recuerdo de Sarmiento en todos aquellos aspectos del progreso y la cultura argentinos, descritos ligeramente en estas páginas, sin anotar este otro de su interés por dejar imborrables recuerdos de quienes se le adelantaron en el camino de la vida, ganando el aprecio de su pluma. De ahí surgieron sus grandes biografías; de los caudillos, de los emigrados y de los hombres de ciencia. De los primeros resaltan Rosas, Quiroga, el Chacho y Aldao, con la marca indeleble de su candente pluma. De los emigrados y hombres de progreso, Aberastain, Vélez Sársfield, Lincoln, Dominguito, San Martín, José Posidio Rojo, Rodríguez Peña y otros tantos, en los cuales palpita la justicia, el derecho y la trayectoria de cada uno, con vivos colores que muchos recurrirán a estos para ampliar su figuras. En cuanto a los hombres de ciencia que se ha ocupado Sarmiento haciendo revivir sus memorias, aparecen, Franklin, Horacio Mann, Francisco Javier Muñiz, Florentino Ameghino, Francisco P. Moreno y otros, como “pioneros” de la investigación científica del rayo, la educación y de la etnografía. Por eso pudo decir que la biografía era “la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida. Hay en ella algo de las bellas artes, que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua”. Y en verdad que es así, porque alrededor de una biografía se esbozan aspectos concurrentes al mejor conocimiento de otros factores, ajenos al personaje, pero siempre interesantes a la descripción del lugar o de la época en que se sitúe aquél, para determinar el desarrollo de sus acciones. De esto surgió también en Sarmiento su historicismo, para decir: “La historia no marcharía sin tomar de ella —la biografía— sus personajes, y la nuestra hubiera de ser riquísima en caracteres, si los que pueden, recogieran con tiempo las noticias que la tradición conserva de los contemporáneos”. En esta forma iba Sarmiento sentado principios del conocimiento histórico que más tarde cimentaría en sus innumerables obras, como un avezado historiador. La historia fue en Sarmiento una materia

de vasto conocimiento y se ocupó de ella en muchas de sus obras, utilizándola como instrumento civilizador, pues, la historia no es otra cosa, sino el pensamiento en acción guiado por la concreción de los hechos analizados; por eso la llamó tan acertadamente Cicerón, “la maestra de la vida”. De ahí que Sarmiento agregara: “La historia, pues, de las sociedades humanas es hoy para las ciencias sociales lo que la geología para las ciencias naturales”; es además continúa, “uno de los antecedentes dados a la inteligencia para la formación de las ideas”.

Quiere decir que Sarmiento está en toda idea nueva, buscando sus principios y estudiando sus giros, en procura de dilucidar problemas que aquellas suscitaren, en el campo de la experimentación. Por eso decía al estudiar la historia: “Ni la filosofía misma ha podido sustraerse a esta necesidad de reconocer los hechos, como manifestaciones de la marcha del espíritu humano en las diversas épocas de una civilización”. Con esto el erudito sanjuanino se introducía en el campo de la especulación de las ideas, auscultando que las promovían, para extraer de ellas las conclusiones necesarias al fin propuesto en cada caso. De ahí que consideremos a Sarmiento el filósofo de una nueva conciencia: la educación y la libertad. He aquí una palabra que tan mal se ha tratado por los caudillos de la política, a pesar de su hondo significado en la vida social humana. Por eso sería para Sarmiento, la libertad, la expresión más profunda de su pensamiento y de su acción, porque entendía que sin libertad el hombre nunca podría desarrollar su inteligencia en el grado que le había sido discernida, pues, la libertad es la que promueve el progreso y la cultura de los pueblos en marcha, o como diría Croce, la “forjadora eterna de la historia”. Basada en estos grandes principios estuvo esa lucha sin cuartel de Sarmiento por cimentar la libertad en su país y por la cual mordiera más de una vez, el polvo amargo del destierro. Y fue en el ostracismo donde comenzara a pensar sobre los males sociales que afligían a la nación de su nacimiento, para determinar una teoría, precursora en América, de tales ideas: la sociología. “En *Facundo* limitaba mis observaciones —dice su autor— a mi propio país; pero la persistencia con que reaparecen los males que creíamos conjurados al adoptar la Constitución Federal, y la generalidad y semejanza de los hechos que ocurren en toda América española, me hizo sospechar que la raíz del mal estaba a mayor profundidad que lo que accidentes exteriores del suelo dejaban creer. En el *Conflicto de las razas*, quiero volver a reproducir, agrega, corregida y mejorada, la teoría de *Civilización y barbarie*, que con la ostensible bio-

grafía de un caudillo para ligar los hechos, pareciome explicar la sangrienta lucha de treinta años que terminó en Caseros y en la que, cual conscripto llegado a la edad legal”, debía volver al estudio —una vez cumplido su deber— en procura de profundizar aquellas observaciones esbozadas al pasar, en el primer libro. He aquí otra manifestación sarmientina, flotando aún, en el campo de la experimentación.

El gobierno en nuestro país es una actividad que escapa al clásico nomenclator constitucional, por la política empleada en su organización. De ahí que, cuando a Sarmiento le tocara gobernar la República, lo hiciera en forma diferente a los demás, pudiendo sostenerse todo el período, merced a su experiencia y a su habilidad, ya que no contaba ni con el congreso, ni con un partido político que lo respaldara. Se recibió del gobierno cuando el país soportaba una cruenta guerra y lo entregó en medio de una revolución, teniendo que hacerle frente a una prensa hostil, un parlamento contrario, a López Jordán alzado en armas contra la Nación, a la fiebre amarilla, a un atentado criminal, a gobiernos provinciales desorbitados, a contiendas políticas desorganizadas, etc., en etapas sucesivas que malograban todo intento de progreso y le quitaban el sueño a quien había soñado hacer un gobierno ejemplar. Sin embargo, quien quiera ocuparse de escribir la historia de los presidentes argentinos, tendrá que tomar como modelo al de Sarmiento, por haber dejado imborrables recuerdos de su actuación, un tanto desordenada, pero eficaz, no obstante las dificultades con que tropezara en su trayectoria. Y los mil adelantos emprendidos por él, en ese *maremagnun* de iniciativas de su gestión gubernativa, han quedado a la vera del camino, como jalonando etapas en el campo de la historia. Habrá sido la presidencia más borrasca, pero, no hay duda que ha sido la más progresista; el cúmulo de obras efectuadas, atestiguan esta aseveración. No es necesario esforzarse mucho para llevar al convencimiento del más desprevenido aquello, si se observa con detenimiento la senda recorrida por Sarmiento en su gestión gubernativa, ya sea como gobernador de San Juan o como presidente de la República, por demás promisoría en ambos casos.

Estos son a grandes trazos los aspectos más sobresalientes de la obra efectuada por Sarmiento, en su azarosa vida de argonauta civilizador. Por eso puede decirse sin ambages que no hay una manifestación de progreso o de cultura en el país en la cual no esté proyectada la mano de Sarmiento, inspirando la ejecución de grandes cosas. Esto fue lo que Sarmiento se propuso hacer, impulsado por el afán de cosas futuras, muchas de las cuales han llegado hasta nosotros viviendo una esperanza. . .

El amor a la patria y el desinterés personal, fueron en Sarmiento un sentimiento profundo de sus convicciones democráticas, como neto argentino que era y creyente convencido del porvenir de su patria, “acaudillando cien millones de argentinos”, entre “los pueblos en marcha” . . .

La vivencia de sus ideas y principios, nos hacen refirmar aquello que dijera Ricardo Rojas: “Sarmiento Vive”.

CÉSAR H. GUERRERO.